

CUADRO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.



MUERTE DE D. ALVARO DE LUNA.

El trágico fin de D. Alvaro de Luna es una terrible lección para los ambiciosos, un funesto espejo del paradero de los favoritos, que siempre medran á espensas de los pueblos.

Juan II ocupó el trono desde muy niño. La regencia del reino fué conferida á su madre doña Catalina en union con el infante D. Fernando: ambos gobernaron la monarquía con mucha union y sabiduría, y sostuvieron la gloria de la corona, batiendo por todas partes á los moros. Despues de la muerte de D. Fernando eligió la reina un consejo de regencia que ocasio-

nó muchas grandes turbaciones. El rey á su mayor edad tomó las riendas del gobierno, y entregó toda su confianza á D. Alvaro de Luna, hombre de luces y talento, pero que embriagado con el favor se llenó de orgullo.

D. Alvaro se había criado con el rey, era el que mas distinguía entre sus pages, cuyo cargo obtuvo siendo presentado en palacio á la reina madre por su tío D. Pedro de Luna, arzobispo de Toledo, de un hermano del cual era hijo natural.

D. Alvaro llegó á las mas elevadas dignidades, fue nombrado gran condestable de Castilla y su poder escedia al del mismo monarca. La victoria le coronó en diversas acciones contra los moros y contra los perturbadores interiores del estado. La envidia escitó á los nobles á quienes eclipsaba á armarse contra él: sus primeros esfuerzos fueron infructuosos, y su derrota parecia deber dar mas estabilidad á su favor y consolidar el trono de D. Juan II. La reina, el príncipe de Asturias D. Enrique se colocaron de parte de sus enemigos; se hizo intervenir la mediacion de las cortes, y obligaron al rey á desterrar al favorito y sus hechuras. Los grandes se apoderaron de todos los destinos; dividieron entre sí una autoridad, que ni sus talentos, ni su valor podia sostener, y solo dejaron á Juan II el nombre vano, el título estéril de rey. Una nueva revolucion le libertó de tan vergonzosa dependencia. El arzobispo de Toledo y D. Juan Pacheco, marques de Villena se armaron, y convencieron del modo con que se convencia en el siglo XIV al príncipe de Asturias, y sus parciales á que reconociesen sus deberes. Se reconciliaron el rey y su rebelde hijo, y el monarca logrando engañar la vigilancia de los que realmente le tenian preso en el castillo del Portillo se puso á la cabeza de sus tropas, y marchó contra los grandes confederados que habian llamado en su ayuda al de Navarra. Los campos de Olmedo presenciaron la derrota completa de los rebeldes, la fuga del rey de Navarra y la muerte de su hermano D. Enrique.

Humillado el orgullo de los grandes, D. Juan llamó de nuevo á la corte á D. Alvaro de Luna, le dió una prueba nueva de su afecto, nombrándole gran maestre de la órden de Santiago, y siguiendo sus consejos se casó en segundas nupcias con la princesa Isabel de Portugal. El príncipe de Asturias vió con disgusto la vuelta al poder de D. Alvaro y el matrimonio de su padre; abandonó la corte, se declaró en rebelion abierta, pero las tropas de su padre le sorprendieron antes de haber podido reunir sus fuerzas. Aun otra vez por mediacion de D. Alvaro se reconciliaron el padre y el hijo, y lució un intervalo de tranquilidad para la patria, harto trabajada con tantas y frecuentes disensiones intestinas, al par que combatida por enemigos exteriores.



Don Alvaro de Luna en el apogeo del poder, soltó el dique á la arrogancia de su carácter; era implacable con sus enemigos y segun la elegante espresion del historiador Mariana, *era una fiera que agarrochean en la leonera y despues la sueltan*. Rodeado de una guardia de honor compuesta de vasallos suyos y mandada por su hijo natural don Pedro, se presentaba en la corte con su hijo, con un fausto que eclipsaba el del mismo Soberano de Castilla. Los celos de este se escitaron, el yugo del favorito se hizo pesado al monarca mismo, que ya no vió en D. Alvaro el amigo de la juventud, el ministro por cuya conservacion habia sostenido una guerra con los grandes y con el pueblo, sino un odioso tutor cuya autoridad le ofendia y molestaba.

El monarca empezó á conspirar contra su ministro; se unió

con los enemigos de D. Alvaro y empezó á tramar su ruina, que su arrogancia aceleró.

Alonso de Vivero, contador mayor del rey y favorito de la reina, que habia debido su elevacion á D. Alvaro, fue uno de los que bajo aparente velo de amistad hacia todos los esfuerzos posibles para derribarle del poder. D. Alvaro lo prendió, y resolvió libertarse de un ingrato, de un rival peligroso, y aterrar á sus cómplices. Reunió en su casa el viernes santo de 1453 á los principales dignatarios de la corona. Vivero fué llamado al consejo que se celebraba en una torre, de la que le hizo precipitar despues de haberle hecho dar de puñaladas. El rey quiso castigar este acto de barbarie y de insolencia; la reina clamó fuertemente venganza contra el asesino de su favorito, y la corte toda se declaró contra el ministro, ante quien pocos dias antes se posttraba servilmente. La casa en que habitaba D. Alvaro fue cercada por el alcaide Zúñiga que mandaba en Burgos, y despues de una digna defensa que hicieron los criados de D. Alvaro, y bajo la garantia de un billete firmado del rey, en que le ofrecia no le haria daño alguno, se rindió D. Alvaro, y se contistuyó prisionero en su mismo aposento.

Prisionero y todo como estaba, viendo pasar debajo de sus ventanas al rey, á quien acompañaba el obispo de Avila, le gritó con furor puesta la mano en sus barbas. *Por estas cleriquillo que me la habeis de pagar*, y el obispo lleno de miedo protestaba que no tenia parte alguna en su desgracia.

D. Alvaro fue trasladado al castillo de Portillo, vióse abandonado de tantos como en su prosperidad habia favorecido, en vano intentó sincerarse de las acusaciones que le dirigian. El rey era su enemigo, los grandes, el pueblo, todos le condenaban á una voz. Sus jueces pronunciaron contra él la sentencia de muerte.

Oyó pronunciarla sin la menor emocion, mostrando hasta el último momento el valor digno de un noble castellano.

Trasladado á Valladolid, fué conducido desde la carcel á la plaza donde se habia levantado un tablado enlutado, en el que habia un altar con una cruz y dos luces. Lleváronle caballero en una mula rodeado de gran escolta de hombres de armas, así á pie como á caballo, y un caballero con el escudo y el estandarte de Castilla, y los ministros de justicia que publicaban por pregon: «Esta es la justicia que manda hacer nuestro señor el rey á este cruel tirano, por cuanto él con grande orgullo é soberbia y loca osadía y injuria de la real magestad, la cual tiene lugar de Dios en la tierra, se apoderó de la casa y corte y palacio del rey nuestro señor, usurpando el lugar que no era suyo, ni le pertenecia, é hizo y cometió en deservicio de su corona, patrimonio y perturbacion y mengua de la justicia, muchos y diver-

sos crímenes y excesos, delitos, maleficios, tiranías, coechos en pena de lo cual le mandan degollar, porque la justicia de Dios y del rey sea ejecutada, y á todos sea ejemplo que no se atrevan á hacer ni acometer tales ni semejantes cosas. QUIEN TAL HACE QUE TAL PAGUE.»

Al subir D. Alvaro al tablado hincóse de rodillas delante del altar, habló un momento con el fraile francisco su confesor que le asistía, que era el docto y ejemplar varon Alonso de Espina, levantóse, dió el sombrero á un paje que le acompañaba y el anillo de sellar diciéndole: *esto es lo postrero que te puedo dar*. El jóven se deshizo en llanto, y sus lágrimas fueron acompañadas de las de la muchedumbre. Vió al verdugo que tenia en la mano una cuerda, y preguntándole para qué era, le dijo que para atarle las manos, entonces D. Alvaro sacó una cinta negra ancha de seda y se la entregó. Llamóle la atencion un palo altísimo que con un garfio habia junto al cadalso, preguntó con qué objeto lo habian colocado, y cuando le respondieron que para clavar en él su cabeza, contestó con la mayor resignacion: *despues de yo muerto, del cuerpo haz á tu voluntad*. Se acercó despues á él el verdugo, le demandó paz, y con el mayor valor tendió él mismo el cuello, y su cabeza rodó bajo la hacha del verdugo.

Quedó su cuerpo cortada la cabeza por espacio de tres dias en el cadalso con una bacía puesta allí junto para recoger limosna, para enterrar de caridad al que en vida no cabia en el palacio de los reyes. Enterráronle en el sitio designado para los ajusticiados en la parroquia de S. Andres: algunos meses despues se le trasladó á un enterramiento en el convento de S. Francisco de Valladolid, y despues á un suntuoso sepulcro, que aun hoy ocupa en la catedral de Toledo, y en la capilla de la órden de Santiago.

Asi pereció D. Alvaro de Luna; condestable, gran maestre de Santiago, despues de haber vencido á los moros, llenado de gloria su nombre, y hecho grandes males, y grandes servicios tambien á la patria. En los dias de su prosperidad un astrólogo le habia pronosticado que moriria en *cadalso*. Un pueblo de este nombre en la provincia de Toledo era de la propiedad del maestre, y aunque era despreocupado y de gran talento, jamás quiso entrar en el pueblo de Cadalso para evitar el cumplimiento del pronóstico. Alguna vez acampó á la vista de este pueblo; pero siempre fuera de él. Sin embargo, el destino se cumplió: D. Alvaro murió en *cadalso*.

M.

HISTORIA SAGRADA.



CUADRO VII.

SACRIFICIO DE ABRAHAM.

No creais niños, que el hombre virtuoso es siempre feliz en la tierra; á veces quiere el Señor probar su fé, y le exige sacrificios costosos de que recibe luego la recompensa en el cielo. No acuseis nunca á Dios cuando seais desgraciados, porque esta es una prueba que exige de vosotros para ver si sois dignos de sus bondades, redoblad entonces el celo y la piedad, rogad al Señor, humillaos, aceptad sin murmurar el mal que os envia y pensad en los sufrimientos que Jesucristo sufrió sin quejarse por salvar el mundo.

Dios quiso probar la fé de Abraham y viendo el cariño que tenia á su hijo, resolvió pedírselo en sacrificio, y le dijo: «toma á tu hijo único Isac á quien tanto quieres, y ofrécamele en holocausto sobre la montaña que te indicaré.» Abraham sofocando en su corazon el cariño que profesaba á su hijo, no pensó mas que en ejecutar las órdenes de Dios. Se levantó antes de amanecer, preparó un jumento y llevó consigo á su hijo Isac que tenia entonces 25 años y dos criados jóvenes. Cortó leña para el sacrificio, y marchó á el sitio que Dios le habia designado, anduvo dos dias, y al tercero descubrió la montaña; y dijo á los criados. Esperadme aquí con el jumento, mi hijo y yo iremos allá, y despues de adorar al Señor volveremos. Cogió la leña que habia cortado, la colocó sobre las espaldas de Isac marchando cerca de él y llevando en sus manos el fuego, el que habia de consumir á su hijo, y el cuchillo con que habia de matarlo. Isac dijo á su padre: padre, ¿dónde está la víctima que vais á inmolar? Hijo mio, Dios tendrá cuidado de señalarnos la víctima que debemos ofrecerle.» Y continuaron su marcha. Luego que llegaron al sitio indicado, Abraham levantó un altar, lo cubrió de leña, y ató á Isac; este sumiso y obediente á las órdenes de su padre no se resistió. Entonces Abraham levantó la mano, cogió el cuchillo, y lo alzó para matar á su hijo. En este mismo momento el angel del Señor le dijo desde el cielo, » Abraham! Abraham!

—Aquí estoy, respondió el santo varón.»

—No pongas las manos en ese jóven. No le hagas ningun mal. Conozco ahora que temes á Dios, porque por obedecerme no has perdonado á tu hijo único.»

Abraham levantó los ojos al cielo, para dar gracias al Señor por su bondad. Vió detrás de él un carnero cuyos cuernos estaban enredados en las ramas de un arbusto. Lo cojió y lo ofreció á Dios en holocausto.

El angel del Señor volvió á llamar á Abraham por segunda vez desde el cielo, diciéndole, juro por mí mismo, que pues habeis obrado así, yo os bendeciré y multiplicaré vuestra raza como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Todas las naciones de la tierra serán benditas en tus descendientes, porque has obedecido mi voz.

Haced niños lo mismo que Abraham en los dias de afliccion y de dolor, someteos á todos los infortunios sin murmurar contra el Señor, porque su voluntad es que sufrais. La vida del hombre es pasajera en la tierra, pero despues de la muerte, hay una vida inmortal, vida de alegría y felicidad, para los que aqui han sido buenos, y vida de tormento y de castigo eterno para los que fueron malos.



A UNA ASTUCIA OTRA MAYOR.



Harto célebre es el carácter duro y caprichoso de Pedro de Castilla, por lo que los poetas le han llamado el Cruel, y algunos historiadores el Justiciero. Muchas han sido las anécdotas, que como hijas de su carácter particular nos ha legado la tradición popular. Una vamos á referir sumamente extraordinaria.

Caminaba hácia Sevilla un día el rey acompañado de los principales de su corte, y cosa bien extraña en su carácter, en su semblante se veía brillar la alegría, sin duda porque iba á descansar de las fatigas de la guerra en los brazos de la hermosa Padilla. El rey no era delicado en su trato, desafiaba el ardor del sol y el rigor del frío, dormía en su tienda ó al raso, muchas veces sobre el duro suelo: un pedazo de pan negro, un poco de agua le era suficiente y grato alimento, y aun algunos días sufría el hambre con todas sus penalidades. Era una tarde abrasadora de julio: al encuentro del rey y á la puerta de un monasterio que se hallaba en medio del camino, salió un reverendísimo abad, fresco, colorado, estremadamente gordo, el que hecho al regalo llevaba detras de sí dos corpulentos hermanos que mantenían abierto sobre su cabeza una especie

de palio para libertarla de los ardores del sol. Inclínose el abad á besar la mano de D. Pedro, el que con aire burlon y algun tanto severo

—Cómo os va, le dijo, humilde servidor de Dios? Bien, muy bien me parece que os sientan los ayunos, oraciones y disciplinas. Estais famoso, padre, ¿qué haceis para estar tan grueso? Yo soy rey, y vedme cuán seco, cuan pálido estoy.

—Señor, los cuidados, las continuas cavilaciones de V. A. son las que hacen debilitar su cuerpo. Aquí exentos de todo cuidado terreno, no tenemos que pensar en nada mas que en la salvacion de nuestras almas, y esto es un pensamiento fijo, tranquilo, y que no desgasta las fibras del cerebro.

—Pues padre, yo quiero daros ocupacion, y me agradeceis el que os haga adelgazar dándoos en que pensar. Tal vez os libraré asi de una apoplejía. Dicen que sois muy entendido, que sabeis mucho, que sentis casi crecer la yerba.

—Señor, he ocupado todos los altos destinos de la órden, soy el maestro, añadió, aparentando modestia, segun dicen, mas distinguido de ella, el primer conocedor de numismática del reino, y el mejor astrónomo.

—Me alegro, reverendo padre; os voy á dejar tres nueces para que las casqueis con vuestras fuertes y robustísimas quijadas, tres nueces por vida mia, que os han de entretener. Tres meses os doy de término; al cabo de los tres meses, añadió, dando á su cara aquel aire de ferocidad que aterraba á sus vasallos, y que le valió el sobrenombre de Cruel... al cabo de tres meses me respondereis á estas tres preguntas.

Primeramente. Me habeis de decir á punto fijo, sin equivocaros ni en un solo maravedí, ya que sois tan buen conocedor en monedas, cuánto valgo yo cuando en medio de mi corte, sobre mi trono de oro, me hallo dictando leyes á cien pueblos que las acatan como las de la divinidad.

Segunda. Me habeis de calcular, sin fallarme ni en un solo minuto, en cuanto tiempo con mi caballo podré dar la vuelta al mundo: esto no es mas, lo sé, que una friolera para vos.

Tercera y última. Me habeis de adivinar, ó gloria de los abades, flor de los sabios de España, cual sea mi pensamiento, que franca y lealmente juro confesaros despues; pero os advierto que en este pensamiento no debe de haber ni la mas mínima cosa que sea verdad.

Si no respondeis á estas tres preguntas, vive Dios que no sereis mucho tiempo abad, porque os haré encerrar en una torre, y á pan y agua concluireis la vida. Inmediatamente metió D. Pedro espuelas á su caballo, éste salió corriendo á todo galope, y la comitiva cortesana le siguió inmediatamente.

Estupefacto quedó el pobre abad, que conocia el genio y

humor de D. Pedro, comprobado en otros cien no menos funestos lances; no tuvo desde aquel instante un momento, un rato de tranquilidad. El pobre abad se rompía la cabeza en discursar. No sufre tantas angustias, ni tan mortales congojas el reo sentenciado al último suplicio á la vista de la cuerda, como el pensativo abad.

Envió á consultar á una, dos, tres, cuatro universidades, preguntó á una, dos, tres facultades, pagó Dios sabe cuantos derechos y honorarios, y sin embargo, ningun doctor resolvió estos problemas.

Desesperado, pálido, descarnadas sus mejillas, reducido á la mitad de su volúmen, ya no era aquel abad gordo, frescote, rollizo que viera el rey tres meses antes, sino un monje seco, macilento *vera efijies* de un S. Gerónimo.

Huía de la concurrencia, buscaba los sitios mas solitarios y ocultos en los bosques, y á las márgenes de los rios. Dos dias antes del fatal en que espiraba el plazo, paseando cabizbajo por una trocha apenas transitada por humana planta, encontró sentado en una roca al pastor que guardaba los ganados del monasterio, Bartolo Perez.

—Qué os contrista, padre abad? dijo Bartolo, en verdad que estais mas delgado que una sombra, apenas teneis alientos, apenas podeis arrastrar los pies.

—¡Ah buen Bartolo Perez y cuánta razon teneis! un tropiezo he tenido: el rey D. Pedro me ha dado y no poco que hacer. Me ha puesto en los dientes tres nueces, como el dice, que el mismo Belcebuc no es bastante á cascar.

—¿Tan duras son, reverendo padre?

El abad le refirió al pastor las tres preguntas á que el rey le habia mandado responder, y le refirió tambien la terrible pena que debia sufrir si la respuesta no era exacta y satisfactoria.

Oyólas Bartolo con la mayor atencion, y cuando el abad, que hallaba, como todo desgraciado, un placer en contar á todo el mundo sus cuitas, hubo concluido su lastimosa narracion:

—¿Y no es mas que eso? exclamó echándose á reir á carcajadas, tranquilizaos, padre abad, yo me encargo de conducir la barca: prestadme solamente vuestra capucha, vuestras cruces, vuestros hábitos, y yo prometo dar al rey las respuestas que pide. Verdad es que yo no se ni una jota de ese guirigay de latin pero, yo he sacado en herencia del vientre de mi madre lo que vosotros altos y poderosos doctores no sois bastantes á comprar con todo vuestro dinero.

El abad que veia la resolucion del rústico, y que en prestarse á la estratagema de Bartolo no arriegaba con el rey mas de lo que arriesgaba en no responder á las fatales preguntas, consintió en el disfraz. Morir de hambre por no responder, ó morir,

decía para sí el buen abad, y á fe mía que le sobraba la razón, de cualquiera otro modo por burlar al rey todo es morir.

Como no hay plazo que no se cumpla, llegóse el designado por el rey. Era de ver á Bartolo con su capucha, su hábito, sus cruces, y su báculo abacial, penetrando con afectada gravedad en la cámara del rey D. Pedro. Era de noche, y la estancia aunque iluminada, se hallaba con una luz agradablemente templada con ricas pantallas arabescas, los ricos hombres de Castilla, la corte toda del rey, que sentado en el trono con el cetro en la mano y la corona en la cabeza, y con los demás atributos de la dignidad real, imponía por su magnificencia y por su brillante magestad.

—Ahora, señor abad, como gran conocedor en monedas, decidme cuanto valgo hasta el último maravedí.

—Alteza! Cristo fué vendido por Judas en treinta dineros. Por eso yo no daría por vuestra alteza, por muy alto que os considereis y os estimeis, mas que veinte y nueve dineros cabales. Es preciso que valgaís un dinero menos que él.

—Hum! dijo el rey frunciendo las cejas. Ha hablado en razón, por mi honor que nunca me había creído valer tanto. Ahora es preciso calcularme y decirme á punto fijo en cuánto tiempo, sin fallarme en un minuto, puedo dar la vuelta al mundo.

—Si vuestra alteza sale por la mañana al mismo tiempo que el sol, y le acompaña á caballo siempre, á caballo, y con la velocidad que él, apuesto mi cruz y mis hábitos á que será negocio de 24 horas.

—Ah; dijo el rey, con buena avena alimentais vuestros caballos, con *si* y *pero*; el hombre que ha inventado estos *sies* y *peros* y demas condicionales era un excelente filósofo, capaz de salir bien con ellos de todo. Eh! ahora reunid todas vuestras fuerzas para la tercera pregunta, y sino á la torre, y á pan y agua. ¿Qué es lo que yo estoy pensando, y es falso? Pronto, responded, y sin *sies* ni *peros*, ni esas condicionales malditas.

—Vuestra alteza está pensando que yo soy el abad de san Onofre.

Seguramente, pero en este pensamiento que hay de falso?

—Perdóneme vuestra alteza, en eso se equivoca, porque yo no soy sino el pastor de los ganados del monasterio, Bartolo Perez.

—¡Qué demonio! tú no eres el abad de S. Onofre? gritó D. Pedro con toda su fuerza, con una espresion feroz, que hizo en toda la concurrencia, y en el pobre Bartolo el efecto de un rayo caído imprevistamente del cielo. Con la rapidez que pasa el rayo pasó el enojo del rey, quien con jovial sorpresa exclamó.

—No eres el abad! vive Dios que lo serás desde hoy.

—Señor! exclamó Bartolo, cayendo á sus pies de rodillas,

—Quiero que seas investido con el santo hábito, con el anillo, el báculo, y demás distintivos de la dignidad abacial. Tu predecesor irá á la torre, y terminará á pan y agua el resto de sus días. Esto le hará comprender lo que quiere decir *quid juris* porque el que quiera segar debe tambien sembrar.

—Salvo el permiso de vuestra alteza, yo me quedaré siendo lo que soy. Ni se leer, ni escribir, ni contar, ni una jota de latin, ni de lenguas vivas ni muertas, y lo que Bartolo no ha aprendido ya, tiene la cabeza muy dura para aprenderlo ahora; á lo que sí tal vez me acostumbraria seria á dar á besar mis manos y echar bendiciones, y...

—Buen Bartolo Perez, lástima es que no quieras ser abad, pero pídemle otra gracia, tu jovialidad me ha divertido y causado un momento de placer, y vive Dios! que yo quiero tambien causártelo á ti.

—Señor yo no tengo muchas necesidades, pero puesto que vuestra alteza se halla dispuesto á colmarme de favores, le pido por única recompensa el perdon de mi reverendísimo abad, amo y señor.

—Muy bien, muy bien, Bartolo; tienes tan escelente corazon como buena cabeza. Lástima que no hayas nacido caballero perdonó á tu amo el abad, pero con las cláusulas y condiciones siguientes.

«Ordenamos al reverendo abad de S. Onofre que desde hoy «no emplee en la guarda de los ganados á Bartolo Perez, á quien «mantendrá con el mayor regalo, proveyendo gratuitamente á «todas sus necesidades hasta el día que plazca al señor llamarle «á sí para gozar de la eterna bienaventuranza.»

Toda la corte celebró el juicio del Rey, el pastor colmado de dones volvió á descansar al monasterio aquella misma noche, y el abad libre de tantos cuidados volvió á su antiguo método de vida, engordó de nuevo, y cuenta la crónica que al cabo de algun tiempo murió de apoplegia, de la que seguramente se hubierá libertado á habérsele aplicado el sistema flogístico de pan y agua á que primero le había condenado el rey D. Pedro.

M.

HISTORIA NATURAL.



LA ARDILLA.

Este animalito se hace admirar por la elegancia de sus formas y su viveza; aunque naturalmente salvaje es facil de amansar, y á pesar de su timidez estremada, se suele familiarizar pronto.

Su ordinario alimento son frutas, almendras, avellanas, harina y bellotas. Es limpia, bonita, viva, muy activa, despierta é industriosa; tiene los ojos llenos de fuego, la cara fina, el cuerpo nervioso y los miembros muy bien dispuestos. Realza su bonita figura una larga cola en forma de penacho, que levanta hasta por encima de la cabeza, y bajo de la cual se pone á la sombra. Es por decirlo asi menos cuadrúpedo que los otros animales; generalmente está sentada casi de pies y se sirve de las manos para llevar las cosas á la boca; en vez de ocultarse debajo de tierra está siempre al aire; se aproxima á los pájaros en lijereza, vive como ellos en los árboles, recorre los bosques saltando de un árbol á otro, anida en ellos, come grano, bebe rocío y no baja al suelo mas que cuando los árboles están agitados por la violencia del viento. Teme mas al agua que á la tierra, y se asegura que cuando tiene necesidad de pasarla se sirve de una corteza por barco, de su cola para vela y timon. No se entorpece como el liron, durante el invierno; en todo tiempo está muy despierta, y por poco que se toque el pie del árbol donde descansa sale de su nido, huye á otro árbol y se oculta al abrigo de una rama. Junta avellanas durante el verano y llena las hendiduras del tronco de un árbol viejo, y recurre á estas provisiones en el invierno, las busca tambien debajo de la nieve que aparta arañando. Durante las bellas noches del estío se oye á las ardillas chillar corriendo en los árboles unas tras otras. Parece que temen el calor del sol; durante el dia están ocultas en sus nidos, de donde salen de noche para hacer ejercicio, jugar y comer: esta morada es limpia, caliente é impenetrable á la lluvia: ordinariamente se establecen en el hueco que hacen en un árbol, empiezan por llevar maderos que mezclan entre sí, y enlazan con musgo, luego aprietan y dan bastante solidez y capacidad á su obra para estar con comodidad y seguridad ellas y sus crias, no dejan mas que una abertura arriba estrecha, y que apenas basta para pasar:

encima de la abertura hay una especie de techo cónico que pone todo al abrigo y hace que la lluvia corra por los lados y no lo penetre. La ardilla es un animal siempre atento, siempre en acecho; se asegura que tocando solamente á el árbol donde posa abandona el nido inmediatamente y recorre una grande estension de terreno en el bosque que habita, hasta que se halla fuera del peligro. Despues de alejarse de este modo durante algunas horas á una distancia considerable, vuelve á su estancia por caminos impracticables para cualquiera otro cuadrúpedo. En general salta de rama en rama, franqueando grandes intervalos, y si por casualidad se vé obligada á bajar de un árbol se sube al mas próximo con una facilidad prodigiosa. En los paises septentrionales, las ardillas cambian de color á la entrada del invierno, y se vuelven exactamente grises. Es de advertir que dicho cambio tiene lugar aun en aquellos climas cuando estos animales están en sitios templados por medio de estufas. Las ardillas se encuentran en casi todos paises; pero son mas numerosas que en ninguna otra parte en los confines del Norte y paises templados.

La ardilla gris, es casi tan grande como el conejo, y se parece mucho en su estructura y maneras, á la ardilla ordinaria, su pelo es de un color gris mezclado de negro, y cada costado está marcado con una raya encarnada que se estiende por todo lo largo del animal. Estas ardillas cambian á menudo de domicilio, y á veces no se puede encontrar una durante todo el invierno entero en los sitios en donde el año anterior habia miles de ellas. En su emigracion de un país á otro, se ven obligadas á menudo á atravesar una laguna ó un rio y lo hacen con toda seguridad en tiempo sereno, pero si es fuerte el viento y levanta las olas, perecen en la travesia hasta tres y cuatro mil.

Estas ardillas causan muchos daños en la América septentrional, sobre todo en los campos plantados de maiz, suben á la caña y parten en dos pedazos la mazorca para comérsela, suelen invadir un campo centenares de ellas, y lo destruyen en una noche. En el estado de *Mariland* cada habitante estaba obligado hace algunos años, á dar cuatro ardillas por año, cuyas cabezas se entregaban al inspector general del país, para prevenir toda especie de fraude. En las demas provincias, toda persona que mataba una ardilla, recibia una recompensa del tesoro público. Hacen ordinariamente sus nidos en los agujeros de los árboles con paja, musgo y otras sustancias ligeras, y se alimentan con bellota, piñas, maiz y otras frutas que depositan debajo de las raices de encina y otros sitios. Es muy difícil matarlas porque cambian tan de repente de árbol, que eluden el tiro del mas hábil cazador. Hay personas que co-

men su carne, y la encuentran muy delicada. Sus pieles sirven en América para hacer zapatos de señora, que se importan algunas veces en Inglaterra en donde se hacen forros para mantos.

La ardilla volante se distingue particularmente, por una membrana velluda, que se estiende casi al rededor de todo su cuerpo, y le ayuda á saltar de un árbol á otro; su cabeza es pequeña y redonda, su labio superior cortado, sus ojos saltones y negros, sus orejas pequeñas y sin pelo, tiene la parte superior del cuello de un moreno ceniciento, y el vientre, de un blanco jaspeado.

Las ardillas se reúnen siempre en bandas, se ven muchas de ellas sobre un mismo árbol, que nunca abandonan voluntariamente para ir á otro, y en donde están constantemente sobre una de sus ramas. Duermen durante el día, pero al acercarse la noche son muy vivas, y petulantes. Saltando á una distancia considerable, desunen las piernas de atrás, y estienden su membrana lateral que les hace presentar mas superficie al viento y les hace mas ligeras. A pesar de este sosten, tienen siempre necesidad de las ramas inferiores del árbol sobre las cuales saltan, mediante á que su peso les estorba ó impide mantenerse en una línea horizontal.

Instruidas perfectamente de este efecto de la gravitacion de su cuerpo, tienen cuidado de subir bastante alto á el árbol, sobre el cual estan, para preservarse de caer al suelo saltando; sus membranas estendidas obran en el mismo sentido sobre el aire sobre poco mas ó menos que las de el *Ciervo-volátil* y no á golpes repetidos, como las alas de un pájaro.

Estos animales son naturalmente mas pesados que el aire, por cuya razon deben necesariamente bajar; la distancia pues, á que pueden saltar, depende enteramente de la altura del árbol sobre que estan.

Un viajero cuenta que la primera vez que vió una tropa de estos cuadrúpedos, creyó que eran hojas de árbol movidas por el viento, pero se desengañó, al momento viendo gran número de ellas que se seguian las unas á las otras, en la misma direccion. Se las amansa con facilidad, se familiarizan con el hombre, gustan del calor y gozan metiéndose en la manga ó en el bolsillo de su dueño. Si este le deja en el suelo, demuestra el desagrado que le causa y sube al momento á anidarse en los vestidos.

Se encuentran ardillas en todas las regiones del Norte, del antiguo y nuevo continente: pero hay mas en América que en Europa.

LA ARDILLA Y LA NUEZ.

FÁBULA.

Subió á'un frondoso nogal
Sin esperiencia una ardilla
Y mordiendo una nuez verde
Al hacer gestos decia:
¿Cuando esta fruta alababa
Mi madre en qué pensaria?
Una cosa mas amarga
No probé nunca en la vida.

Mas respondióle la madre,
Que entre unas ramas bullia,
Y que al subir al nogal
Con la vista le seguia.

Posible es que así te burlas
De lo que no entiendes hija;
Si mal te supo la nuez
Es acaso culpa mia?

La cáscara verde roes
No hay quien su amargor resista
Esa cáscara es la caja
Do la nuez está escondida.

Abrela primero y dentro
Fruta hallarás esquisita.
Para darla un vivo egemplo
Una nuez mondó la ardilla

Y al dársela recomienda
Muy de veras á su hija,
Lo que á vosotros, ó niños,
Enseña esta fabulita:

Que nunca por la corteza
Vuestra opinion se dirija
Sino quereis muchos chascos
Llevaros en vuestra vida.

M.